



# Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



**SEGOB**



**MÉXICO  
2010**



# LA CAMISA DE FRANCISCO

Mónica Lavín

LO CONOCÍ DESDE CHIQUITO, CÓMO NO, SI MI FAMILIA es de San Pedro de las Colonias, mi papá trabajaba en la hacienda del Rosario y mi mamá en la casa grande de don Francisco y doña Mercedes, los padres del niño. Desde muy joven empecé a ayudarles, pues la casa requería muchos cuidados. Mi madre no quiso quedarse en la cocina porque se cansaba de echar tortillas de trigo con manteca, salsear el jitomate o espesar los frijoles. A ella le gustaba la blancura almidonada de los manteles y el planchado para que lucieran los bordados y los deshilados, las grecas y la bainica. Lo de ella eran las planchas de hierro calentándose en el carbón que luego deslizaba por la tela húmeda. Recuerdo el vapor que salía de las telas y el olor a limpio, y ese orgullo de mi madre que me contaba cómo aquellos manteles engalanaban la mesa larga del patriarca don Evaristo Madero, en aquellas comidas y cenas que

daban él y su esposa con negociantes y políticos de México y de otros lados.

Así como me ve usted, con la piel apergaminada y las trenzas plateadas, yo era otra, una jovencita de ojos oscuros y pómulos salientes, pelo brillante color azabache. Tengo sangre tlaxcalteca y algo de chichimeca, porque lo guerrera no se me quita. Me daba por pensar, cuando el joven Francisco empezó a armar alboroto en Parras y a querer bajarle los humos al general Díaz, que lo chichimeca lo traía él, por puro contagio de esta tierra seca de abrojos y cactáceas. A mí me toco cuidarlo cuando él y su hermano Gustavo eran niños. Yo era quien los llevaba a caminar por las lajas, yo quien los acompañaba a la alameda, yo quien en carreta tiraba hacia los viñedos, yo quien aplaudió ese tapiz de luces que se volvió la hacienda cuando don Evaristo trajo la electricidad al pueblo. Los niños abrían los ojos más grandes que yo, y el asombro de que la luz no fuera de velas y que durara toda la noche se nos quedaba todo el día en el cuerpo.

En las noches calientes del verano nos tumbábamos entre los sabinos para ver ese cielo azul teñirse de naranja verdoso. Le juro que nunca he visto atar-

deceres más coloridos que con los niños Madero, a quienes llevaba a la caballeriza para que el caballero les ensillara los caballos y se fueran a cabalgar. Yo los esperaba, nostálgica ya de su compañía. Eso me pasó cuando Francisco se fue a estudiar, primero a los Estados Unidos y luego a París. Yo no sabía de más lugares que Parras o Paila, y París debía estar lejos en tren; cuando le pregunté, el señorito se rió y me dijo que en tren no se podía llegar, que se iba en barco para cruzar el océano, que el barco llevaba muchas personas y cuartos y restaurantes, y una orquesta de música como las que su papá contrataba para los saraos de la hacienda. Ay, la piel se me hacía chinita por desear conocer uno de esos palacios que flotan en el agua, y porque con el dichoso París se me acabaron las tardes de sol que parecía durarían para siempre, el acomodo de la ropa recién planchada en los cajones de la cómoda (ésa me tocaba a mí desde que los niños empezaron a ir a la escuela), las caminatas para acercarlos a la iglesia, al sastre, a la instrucción. Cuando Francisco se fue en carreta a Saltillo, después de que me había tomado casi un mes preparar la ropa de su baúl mundo —no sé si usted los conozca; mire,

asómese a la parte de atrás de la cocina, allí está uno que me regaló doña Mercedes—, me dijo que al regresar iba a requerir de mis cuidados para la blanchura de sus camisas, para las nogadas que yo preparaba. Era bueno el joven y yo ya había visto cómo, mientras administraba el rancho en San Pedro de las Colonias, iba molestándose por tantos años del mismo general al mando del país. Ahora que lo pienso, cuando supe que el general Díaz se había ido muy lejos del país en un barco, nunca pensé que era como aquel en que Francisco se había ido a estudiar a Europa. Imaginé el mentado *Ipiranga* como un ataúd, porque después de que se fue, derrotado por mi niño Francisco, el presidente se murió lejos y lo enterraron lejos.

Cuando encerraron en la cárcel de San Luis Potosí al joven Francisco y a Roque Estrada, que hablaba muy bonito, tenía mejor voz que la delgadita del niño Francisco —que no me oiga doña Mercedes—, sus amigos dijeron que no sabía en la que se había metido, que había empezado a crecer la bola y ya no la podría parar. Me zumbaban sus palabras mientras lo mentaban aquí en los pasillos de la casa grande y bebían vermut, y decían que estaba loco

por eso de querer tumbar al presidente, y lo de la democracia y la justicia... si nadie se le había enfrentado a don Porfirio, y él tan enclenquito, cómo iba a poder. Hubo un mentado poeta que dizque muy artista, pero bien que la traía contra Francisco. Sus propios amigos se desdecían, nunca su hermano Gustavo ni su primo Ernesto. Decían puras habladurías, de París había venido con ideas muy modernas de democracia y por eso quiso hacer su partido antirreeleccionista. Viera cómo me costó aprenderme esa palabra. Cuando me la quería explicar el propio Francisco yo le decía “ya estése sosiego”, y más me confundía con su “Sufragio efectivo, no reelección”. Si yo no tenía escuela, qué iba a entender que sufragio quería decir que le hicieran caso a lo que uno había votado. Y aunque yo no votaba, porque ninguna mujer lo hacía, me fascinaba de ver al muchacho tan lleno de sus ideas, tan enfebrecido, caminando por la casa.

Yo vi a la señora muy triste cuando metieron en la cárcel a Francisco, porque ya venían las elecciones y al señor Díaz le empezó a asustar “el loco”. Ay, cómo se nos quedó el alma en un hilo, pero que le sale el tiro por la culata al presidente. Todos se entusiasmaron





más por el joven Francisco. La señora parecía presagiar que las cosas no iban a salir del todo bien, pues la tierra de Francisco era ésta y no la capital, donde fue a meter las narices en el mes de junio de 1911.

Le estoy hablando sin parar, pero cómo no hacerlo si hace años que estoy vieja e inútil en este camastro, y cuando me pregunta por aquellos años me trae a mi juventud y al revuelo de ese tiempo en que el señorito no paraba de trabajar. Que si publicaba libros, que si venían a verlo unos muy principales. Uno de esos principales, el secretario de Hacienda, ayudó a que los sacaran de la cárcel, pero quedaron presos en la ciudad. Una noche que se escapa mi patrón y se sube al tren que lo llevó directo a San Antonio, Texas, donde ya se juntó con su esposa y sus colaboradores. Allí sí que no hubo quien lo parara, parecía máquina de ferrocarril. Yo no conocía ni San Luis Potosí ni Ciudad Juárez, donde estuvo antes de venir aquí a preparar su entrada a la Ciudad de México. Como yo no he conocido más que mi lugar, lo demás me ha tocado imaginarlo. Lo mismo le ha de pasar a usted mientras le hablo, porque no vivió esos días, usted es retejoven. Aunque los libros le habrán contado mucho, no lo pueden

llevar a esas conversaciones que escuchábamos tras los biombos. Que si ya Díaz llevaba treinta años al mando del país, y yo para mí pensaba que don Evaristo había estado más años al mando del Rosario y que mi madre pasaba de los treinta de trabajar para la casa grande, y que yo en unos años los cumpliría. Qué tanto eran treinta. Pero bien que alegaban que el poder se viciaba, que tanto tiempo de poder hacía malas mañas, demasiados favores, demasiadas alianzas. Y que ésa no era la voluntad del pueblo, como hacía pensar el general. Yo la mera verdad no alcanzaba a comprender qué tan grande era mi país, pero me gustaba ver el entusiasmo del joven Francisco. Mis fronteras estaban en la ciudad de Torreón para un lado, y en el cerro del Paila para el otro.

Qué comidón se preparó cuando volvió a San Pedro, se hizo barbacoa y se gastó mucho vino para celebrarlo, y el joven no se quedó quieto más. Las cosas habían ido demasiado lejos y la elección había dado de nuevo una falsa victoria a Porfirio Díaz, y el joven Francisco I. Madero lo desconoció y llamó al pueblo a sumarse y hacer nuevos votos.

¿Me acerca un poco de agua de la olla?, allí está el jarrito. Se me seca la boca, ya no estoy acostumbrada

a hablar tanto. El habla se me secó, viera, y los más jóvenes no la comprenden a una. Cuando se murió mi madre y luego mi padre y los de mi edad nos hicimos viejos y unos pasaron a muertos, me quedé sin alguien con quien compartir el pasado. Me quedé sola con mis recuerdos. Así es que si me ve tris-tear es nada más porque me hizo sacarlos de mi propio baúl. Lo que aún me sigue doliendo, por más fiesta que hubiese aquel día de junio, es que haya entrado a la Ciudad de México. Porque allí en la capital fue a encontrar su muerte. Tan joven él, tan acompañado él, viajó hasta la capital entre muchos aclamos —como nos llegaban aquí las noticias— dispuesto a tomar la silla del presidente, a calarse la banda cruzada en el pecho, a hacer repi-quetear las campanas con el Grito de Independencia, a empezar la justicia sin balas. Y eso, si quiere saber usted lo que esta vieja nana de Francisco I. Madero piensa, eso fue lo que lo perjudicó. Andar creyendo en la nobleza de los otros, mirar con sus ojos, sin saber que hay otros que llevan puestos vidrios opacos, que andan mirando sólo para sí, éstos son los que un día traicionan y llevan a la muerte a los que no se rinden. Y oiga usted, Francisco era de

los que no se rendían. Cuánto tiempo nos repique-teó la noticia en los oídos, y no la creíamos, que el señor que se había ido triunfal y había entrado en la que mientan la Ciudad de los Palacios, allí frente al Ángel de oro, dicen, y conducido por una gran avenida hasta el palacio de gobierno, nos regresara hecho pedazos, carnada para peces gordos, botín de los rufianes. Mire, ya no me haga hablar más porque yo que no conocía más allá de San Pedro, ahora conozco el sur por el sabor a la pólvora, por la amargura con que nos devolvió al niño Francisco, el de los paseos en la alameda, el de los atardeceres mandarina, el de las lecciones y la ropa planchada en sus cajones. Me quedo con el recuento del día en que llegó entre vivas y multitudes a la capital, como un héroe, sin más general Díaz, con la cancha despejada para el futuro que había soñado. Me quedo con esa gloria, y que la tristeza y el temblor que sacudió a la ciudad ese día, no la barra. Cuando la señora me mandó regalar la ropa de don Francisco a los trabajadores —mire, levante la tapa de ese barreño—, me guardé una de sus camisas para alisarla con mis manos, con mi tristeza. Y eso es un secreto. No lo vaya a escribir usted en esa libreta. Ése es mi consuelo.





Francisco Ibarra y Mauricio Gómez Morin,  
diseño de la colección; Mauricio Gómez Morin  
ilustración de portada; Mauricio Gómez Morin y David Lara,  
ilustraciones de interiores; Gerardo Cabello y  
Javier Ledesma, cuidado editorial.

D. R. © 2009, Instituto Nacional de Estudios  
Históricos de las Revoluciones de México  
Francisco I. Madero, 1; 01000 San Ángel, México, D. F.

# Nueva Biblioteca del Niño Mexicano

